

# Indígenas en el desierto central: permanencia y supervivencia durante la época misional

*Lucila del Carmen León Velazco y Hilarie J. Heath Constable  
Universidad Autónoma de Baja California*

El área de la Bahía de Los Ángeles, ubicada en el desierto central de la península de Baja California, sobre la costa del Golfo de Cortés, presenta una múltiple problemática regional. Por un lado, existen cuantiosos vestigios de las diversas épocas históricas, que van desde la ocupación indígena (pinturas rupestres, artefactos, concheros) hasta la misional (edificaciones religiosas, obras agrícolas, pozos) y la minera (herramientas, maquinaria, restos de una vía férrea, socavones).

La mayor parte de estos vestigios -- evidencia histórica de un pasado en gran medida desconocido -- se encuentra en estado de abandono con su consecuente deterioro; apenas se empieza a tomar conciencia de la necesidad de registrar este material (gracias a los esfuerzos de personas como los arqueólogos del INAH que actualmente trabajan en Baja California) ya que, desafortunadamente, hasta ahora no ha sido contemplado dentro de la Ley Federal de Zonas y Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos por carecer de la monumentalidad llamativa de las zonas arqueológicas del centro y sur del país. Al mismo tiempo, al formar parte de un “área natural protegida”, la bahía sí ha sido objeto de atención, pero en términos generales, los estudios y trabajos realizados han sido por parte de grupos de biólogos y ecologistas que buscan preservar su flora y en particular, su fauna (como las tortugas o el tiburón ballena). No ha habido estudios realizados con un enfoque de conjunto y que tomen en consideración el aspecto humanístico actual, es decir, la comunidad que habita allí (Figura 1).

Ante esta situación, la arqueóloga Patricia Aceves, de la Escuela de Humanidades de la Universidad Autónoma de Baja California, desarrolló en una primera fase un proyecto cuyo objetivo era “la construcción de una propuesta conceptual y metodológica y de un modelo de conservación para el patrimonio cultural en zonas áridas” que a la vez, contempla una puesta en valor que implica la participación directa de la comunidad en “la construcción de la significación cultural de los paisajes y en la conservación y propuestas de manejo adecuado de su patrimonio”. En referencia a la temporalidad, Aceves, con una maestría en ciencias en el manejo de ecosistemas en zonas áridas, nos extendió una invitación para contribuir en la construcción del paisaje histórico a través de nuestras investigaciones. De esta forma, nos hemos propuesto colaborar en el estudio de esta zona árida, específicamente Bahía de Los Ángeles, para lograr, con la participación de investigadores de diversos campos, un enfoque integral en el que se incluye tanto lo geográfico y biológico como lo histórico y antropológico.

Patricia Aceves (2005) propone en su tesis de maestría una “reconstrucción analítica de los paisajes culturales correspondientes a tres periodos que representan distintas formas de apropiación del espacio en los últimos 12,000 años en la región de Bahía de los Ángeles”. Estos periodos son: el Antiguo u Holoceno temprano, el Prehistórico y el Histórico (mediados del siglo XVIII hasta principios del XX). La maestra Aceves, junto con su equipo de trabajo, llevó a cabo



Figura 1. Vista de Bahía de Los Ángeles. Foto: Lucila León Velazco.

una prospección de campo en zonas de estudio establecidas de acuerdo a datos obtenidos en trabajos arqueológicos previos y en fuentes etnohistóricas, con el objetivo de realizar la reconstrucción de los tres paisajes culturales mencionados.

Las evidencias de los primeros habitantes encontradas en el área del desierto central pertenecen al complejo cultural Clovis, con una antigüedad de 12,000 años. Estos grupos paleoindígenas estuvieron asociados a lagunas y costas presentes durante el final del Pleistoceno y principios del Holoceno. Posteriormente, se desarrollaron grupos del complejo San Dieguito (11,000 a 7,000 a.P.) que ocuparon los márgenes de los lagos de Laguna Chapala y Agua Amarga, además de las costas. En la prehistoria tardía se desarrollaron los grupos del complejo Comondú desde 1,500 a.P. hasta la llegada de los europeos. Para el periodo histórico, al momento de la llegada de los europeos, los descendientes de los grupos Comondú presentaban una complejidad cultural que se refleja en la diversificación e intensificación de los recursos, uso de arco y flecha, desarrollo de algunos cultos religiosos y formas de organización que les permitían adaptarse al ambiente del desierto.

En el trabajo de campo realizado por la maestra Aceves y su equipo, se registraron 83 sitios que permitieron establecer la relación entre éstos y las condiciones del medio. De esta manera, fue posible identificar las variaciones funcionales de los sitios que, al ser conectados (los senderos y las veredas sirvieron como corredores), dieron la estructura de los paisajes que se han propuesto. Dichas variaciones funcionales se refieren a los procesos de obtención y consumo de alimentos, materia prima para la elaboración de artefactos utilizados en las diferentes actividades, así como aspectos simbólicos.

El paisaje antiguo (Holoceno temprano) se reconstruyó a partir de los datos sobre las condiciones paleoambientales y la información recolectada en las zonas colindantes. Para la

prehistoria tardía, los hallazgos apoyan la tesis del uso estacional de distintas áreas y de la interacción entre grupos costeros y del interior señalada por Eric Ritter. Las variaciones funcionales se encuentran enfocadas a lugares con mayor ocupación como son la zona costera, que contaba con más abundancia de recursos por los productos marinos, y en el interior, donde las fuentes de agua existentes propiciaban ocupaciones temporales. Sin embargo, hay lugares de uso simbólico que están más relacionados a características geomorfológicas.

En la reconstrucción del paisaje histórico misional, la maestra Aceves propuso la existencia de transformaciones más profundas. Aunque los nodos articuladores siguen siendo los mismos (fuentes de agua), cambia la estructura de las relaciones a través del tiempo. En este caso, los misioneros responden a dinámicas más amplias: “una nueva esfera de relaciones económicas, políticas, sociales e ideológicas que superaron el ámbito regional y se integraron por primera vez en un sistema mundial”. La interacción entre los grupos, que había sido en dirección este-oeste, es decir costa-interior, cambió a ser de sur a norte por el avance de la cadena de misiones que estableció físicamente un corredor: el camino real que, sin embargo, seguía los antiguos senderos marcados por los indígenas.

La contribución de la investigación histórica está dirigida a apoyar esta reconstrucción de las diversas formas de utilización y transformación de los recursos naturales de la región que tradicionalmente se ha considerado como “deshabitada y de muy escasos recursos”. De acuerdo al concepto de paisaje cultural propuesto por la maestra Aceves, las distintas formas de utilización se traslapan; de esta manera, los vestigios son testimonio de las diversas formas de aprovechamiento y modificación del entorno en diferentes épocas, así como de los patrones sociales, económicos y hasta políticos que se fueron conformando -- moldeando -- a las experiencias de vivencia y supervivencia, particulares a una región de zona árida (senderos a camino real) (Figura 2).

El presente trabajo pretende contribuir al rescate de aquel pasado escasamente conocido, incorporando diversos elementos que se consideran fundamentales para un análisis y entendimiento de la totalidad del paisaje cultural como lo son la interacción hombre-naturaleza, la relación costa-interior, el uso y aprovechamiento de la tierra y los cambios en el régimen de propiedad, la llegada de capitales y tecnología extranjera, los movimientos poblacionales en base a la disponibilidad (percibida) de recursos.

Por otro lado, no se puede seguir dejando en el olvido a la comunidad que conforma el pueblo de Bahía de Los Ángeles, que enfrenta problemas reales que incluyen el aislamiento, carestías, falta de opciones económicas, el frecuente consumo de drogas y, ante los agudos conflictos que se están presentando en relación con la tenencia de la tierra, hay un alto índice de abandono de la región en busca de otras alternativas, situación que es aprovechada por foráneos, sobre todo ante la inminente entrada del proyecto de la Escalera Náutica o el renovado interés en la minería en aquella zona. Por lo tanto, forma parte del objetivo de los trabajos actuales de la maestra Aceves proporcionar elementos a los miembros de la comunidad para que valoren su patrimonio cultural y ecológico y que les permitan tanto defenderlo como buscar soluciones a los múltiples problemas que enfrentan.

Basados en la reconstrucción histórica, buscamos contribuir a cubrir una deficiencia historiográfica que se tiene para esta región a la vez que proporcionar material que sirva de apoyo a estrategias para la conservación y valorización de los recursos culturales que, a su vez, sirva a la conformación de una identidad local regional. Con el fin de lograr esto, se están apoyando actividades dentro de la comunidad encaminadas a conocer y valorizar su legado y sus recursos tanto naturales como culturales. En relación con este último punto, es importante hacer



Figura 2. Paisaje del desierto central. Foto: Lucila León Velazco.

hincapié en la necesidad de fortalecer los programas de difusión, educación y sensibilización, que están en marcha tanto dentro de la comunidad como hacia fuera: la urgencia de esta labor se hace cada vez más apremiante ante los planes de desarrollo -- muy alarmantes -- que se están abriendo para esta región.

Si bien las líneas de investigación abarcan tanto la historia social como la económica, demográfica y política, el hilo conductor que le da unidad y coherencia es la interacción dinámica del hombre con su medio ambiente y la transformación de su espacio a lo largo del tiempo, transformación que a su vez, modifica no sólo la estructura socioeconómica sino la misma cosmovisión de los habitantes del desierto central.

Para los fines del proyecto general, el “paisaje histórico” cubre tres etapas, desde la misional (siglo XVIII), con el establecimiento de las misiones de Santa Gertrudis, San Borja y Santa María de los Ángeles, pasando por una fase ranchera (a partir de 1820) para llegar hasta lo que se considera finales de la etapa minera (1880 hasta las primeras décadas del siglo XX). No hay una división o ruptura nítida entre los tres periodos y en particular, la fase ranchera se traslapa con las otras dos. Aún no acababa la época misional cuando los primeros rancheros aparecían: soldados retirados que solicitaban tierras en recompensa por años de servicio y poco o nulo pago efectivo. Los terrenos que ocuparon los soldados convertidos en rancheros generalmente eran los sitios de las antiguas visitas misionales o bien, antiguos campamentos indígenas; el sustento lo buscaban sobre todo a través de la ganadería ya que la tierra y la gran escasez de agua no permitían ningún cultivo intensivo ni extensivo.

En la década de los ochenta del siglo XIX, se inició un “auge” minero a lo largo de la península, que atrajo a mucho inmigrante extranjero. La mina de San Juan, un depósito rico de oro y de plata, fue descubierta en las inmediaciones de la bahía de Los Ángeles a mediados de la

década. Esto significó la entrada de capital y tecnología estadounidense, lo cual incluyó la construcción de un funicular y una corta vía de ferrocarril, para bajar el mineral de la sierra y trasladarlo hasta la hacienda de beneficio Las Flores a 7 km de distancia, alrededor de la cual creció un pequeño poblado de unos 300 habitantes.

A lo largo de estos tres periodos, los diversos grupos que habitaron la zona tuvieron diferentes formas de aprovechar los recursos y distintas formas de transformar su medio, de tal manera que aseguraran su supervivencia, por lo que su estudio nos permitirá analizar la interacción de los mencionados grupos y su ambiente. Para esta artículo hablaremos solamente de lo referente al paisaje misional.

Como ya se mencionó, las características de una zona árida han dado lugar a que el desierto central se considere como zona carente tanto de población como de recursos. Sin embargo, la fragmentada información histórica con que contamos nos dice otra cosa. Una investigación a fondo nos ha permitido ubicar a una considerable población indígena que existió antes de las misiones y decayó después del establecimiento de varias de estas fundaciones.

Como parte de este proyecto, Beatriz Chouza, alumna de la licenciatura en historia, desarrolla su tema con el título tentativo de “Las misiones del desierto central de Baja California, una mirada al pasado colonial de la cultura cochimí (1697-1834)”. Su propósito es analizar el proceso de aculturación de los indígenas de esta zona con un énfasis en los cambios en la utilización de los recursos para coadyuvar al proyecto general.

Aunque hubo encuentros esporádicos con los europeos que realizaron exploraciones a la península, fue hasta que los misioneros jesuitas avanzaron desde Loreto hacia el norte, hacia mediados del siglo XVIII, que se estableció una relación permanente con los indígenas del desierto central. Los jesuitas establecieron tres misiones en esta región: Santa Gertrudis, San Francisco Borja y Santa María de los Ángeles.

En el paisaje misional, como señala Patricia Aceves, los cambios fueron más radicales en cuanto a la apropiación del espacio, al uso de los recursos y de los sitios simbólicos, ya que se transformó la estructura de las relaciones sociales de acuerdo a dimensiones más amplias y con criterios que obedecían a intereses externos a la localidad. Con las actividades del sistema misional se requería una fuente de agua permanente y tierras que permitieran el sostenimiento de la misión. Los sitios elegidos por los indígenas como moradas estacionales fueron reutilizados por los nuevos habitantes (Figura 3).

Debido a la escasez de tiempo, para dar un ejemplo se tratará brevemente en esta exposición, sobre la misión de Santa Gertrudis. A partir de su llegada en 1697, los jesuitas habían fundado varias misiones y de acuerdo a la manera en que establecían las nuevas fundaciones, desde San Ignacio, la misión más reciente, el padre Fernando Consag hacía recorridos hacia el norte (1751) para entrar en contacto con otros grupos indígenas. Según sus informes, llegó a bautizar a 548 indígenas en los parajes del desierto central cercanos a una futura misión que se proyectaba. De esos indígenas bautizados, se enviaron algunos a la misión de San Ignacio donde fueron para que “bien ejercitados e instruidos en todo lo que es menester para la enseñanza de los suyos, vuelven a ellos con el empleo de enseñarles, todos los días con la doctrina, las obligaciones de los cristianos”. Esta era la manera que los misioneros utilizaban para introducir poco a poco en los grupos la nueva forma de vida que pretendían inculcarles.

El padre Consag eligió el paraje de La Piedad para la nueva misión de Santa Gertrudis. Una vez instruidos los indígenas, se les administraba el bautismo y se les daba un pedazo de sayal para cubrirse. Se les ocupaba en algún trabajo de la misión, para que asistieran a la celebración de la misa y a los rezos diarios. Se nombraba capitán a alguno de ellos y después de



Figura 3. Pozo de la ex misión de San Borja. Foto: Lucila León Velazco.

señalarles un día para que acudieran a misa y a la doctrina, se les enviaba a su tierra. Se formaban grupos entre 30 y 70 gentiles. En los siguientes años a la fundación, el padre Jorge Retz llegó a tener a su cargo alrededor de 1,700 indígenas (Tabla 1). Desde la ocupación en una labor diaria, el uso de vestimenta y la agrupación en cantidades convenientes para la misión y no necesariamente para su antigua forma de vida, se advierte la alteración impuesta por los misioneros. Es importante notar además, la cantidad de indígenas que podían reunirse alrededor de una misión en este territorio que parecía a los misioneros árido y hostil.

El complejo misional, con sus edificios, tierras de cultivo, acequias, corrales de ganado, etc., cambió el paisaje del paraje de La Piedad. La Iglesia contaba con un número considerable de ornamentos, utensilios de altar y sacristía. La casa estaba provista de trastos y utensilios y contaba con tres telares que hablan de nuevas actividades para los nativos. Se fabricó una capilla, un aposento para el misionero, un cuarto para la despensa y otro para los soldados de la escolta. En la troje, se guardaban las cosechas de años anteriores, que para 1795 eran: 93 fanegas de maíz, 223 de trigo, y 15 de cebada, señal de cambios en la dieta alimenticia. En la bodega se conservaban cuatro tinajas de vino y seis de aguardiente, presumiblemente para celebrar las misas.

El ganado mayor se reducía a 332 cabezas y del menor había un total de 418. Había tierras labradas para trigo, maíz y garbanzo. Se menciona la existencia de una huerta con hortaliza, rodeada de varios árboles frutales, una viña y dos aldoneros. En un sitio nombrado

Tabla 1. Cuadro de población de Santa Gertrudis. Fuente: Jackson (1984).

Año	Población	Año	Población	Año	Población
1755	1,586	1782	317	1798	226
1762	1,730	1786	284	1799	203
1768	1,360	1787	297	1800	203
1770	1,244	1790	241	1801	208
1771	1,138	1791	244	1802	198
1773	800	1794	234	1804	198
1774	789	1795	217	1806	137
1775	812	1796	224	1808	137
1776	769	1797	218		

San Pablo, que probablemente había sido una ranhería cercana, tenía la misión tierra sembrada con maíz.

En 1762, el padre Wenceslao Linck llegó a Santa Gertrudis con el fin de fundar la misión de San Francisco Borja. Para entonces, el padre Retz había bautizado a los indígenas de las ranherías que pertenecían al territorio de su misión de Santa Gertrudis y había avanzado en la conversión de otros más al norte, “los cuales, por venir de lejos con sus familias, cargando las mujeres sus hijuelos y todo su cortísimo apero, tardaban seis u ocho días en el camino; aunque la distancia no excediese de veinticinco a treinta leguas”. Entre estos indígenas se encontraban los de la ranhería de Bahía de Los Ángeles. Estos neófitos, aproximadamente 300, se fueron a la nueva misión, así como la escolta de Santa Gertrudis, donde quedó solamente un soldado para apoyar al misionero. Los indígenas de esta misión ayudaron a sofocar un levantamiento de los indígenas de la ranhería de Amet-Alcangdang, situada a 30 leguas de Adac hacia el océano. La utilización de los indígenas para atacar grupos locales que resistían la evangelización e imposición del sistema misional, fue un recurso común para los misioneros.

La imposición de un nuevo estilo de vida y de patrones culturales distintos afectó profundamente a los indígenas que perdieron valores que daban sentido a su forma de vida anterior. Por otra parte, entre 1759 y 1769 cinco grandes epidemias afectaron la región, reduciendo la población en un tercio: hubo 1,024 defunciones en Santa Gertrudis, 833 en San Francisco de Borja y 351 en Comondú. Viruela, sarampión, fiebre tifoidea y el “mal gálico” o sífilis, atacaron a los habitantes de la península. Cuando los franciscanos hicieron la entrega de la misión de Santa Gertrudis a los dominicos, registraron ocho ranherías con 229 familias (651 individuos, 86 viudos, 34 viudas y 21 huérfanos), con un total de 808 almas.

Los dominicos sufrieron además la presión de las autoridades para trasladar indígenas de la misión de Santa Gertrudis a otras del sur. Aunque el padre presidente accedió a trasladar algunas familias y solteros, fueron solamente unas 14 familias. Mientras la misión tuvo una población numerosa, los neófitos continuaron viviendo en las ranherías; posteriormente, al declinar la población, los misioneros tendieron a congregarlos en la cabecera. Este patrón de asentamiento rotatorio tuvo efectos positivos y negativos en el sistema misional: entre los resultados negativos sobresale el retraso en el proceso de asimilación, aunque la influencia de la aculturación es difícil de medir. Sin embargo, una consecuencia positiva fue que evitó en cierta forma que se propagaran las epidemias.

En 1783, cuando los efectos de la disminución de población se sentían con fuerza, fray Manuel Rodríguez, desde Santa Gertrudis, ofrece un panorama desolador en su informe: “es la tierra árida, estéril, seca y miserable ... casi toda se reduce a cerros, piedras y espinas ... cada día va a peor la tierra y las miserias en aumento”. La misión fue decayendo y en 1822 fue abandonada por los dominicos, que además, para entonces contaban con pocos misioneros en la

península.

De las misiones que fueron fundadas en el estado de Baja California, los únicos edificios conservados son los de Santa Gertrudis y San Borja que, por estar alejados de los centros de población, han sufrido menos la destrucción en manos de visitantes y buscadores de tesoros. Forman parte del testimonio que tenemos de una importante y constante ocupación humana de una zona árida, considerada inhospitable y aislada; por lo tanto, no nos queda más que recalcar su valor como parte del paisaje cultural del desierto central y la urgencia de conservar este patrimonio tan importante para la etapa misional de Baja California.

## **Bibliografía**

Aceves Calderón, Patricia

2005 *Los paisajes culturales como modelo holístico de conservación en zonas áridas*, tesis, Universidad Autónoma de Baja California.

Jackson, Robert H.

1984 "Demographic patterns in the missions of central Baja California," *Journal of California and Great Basin Anthropology* 6(1):91-112.